

Libros y televisión

por **Emili Teixidor***

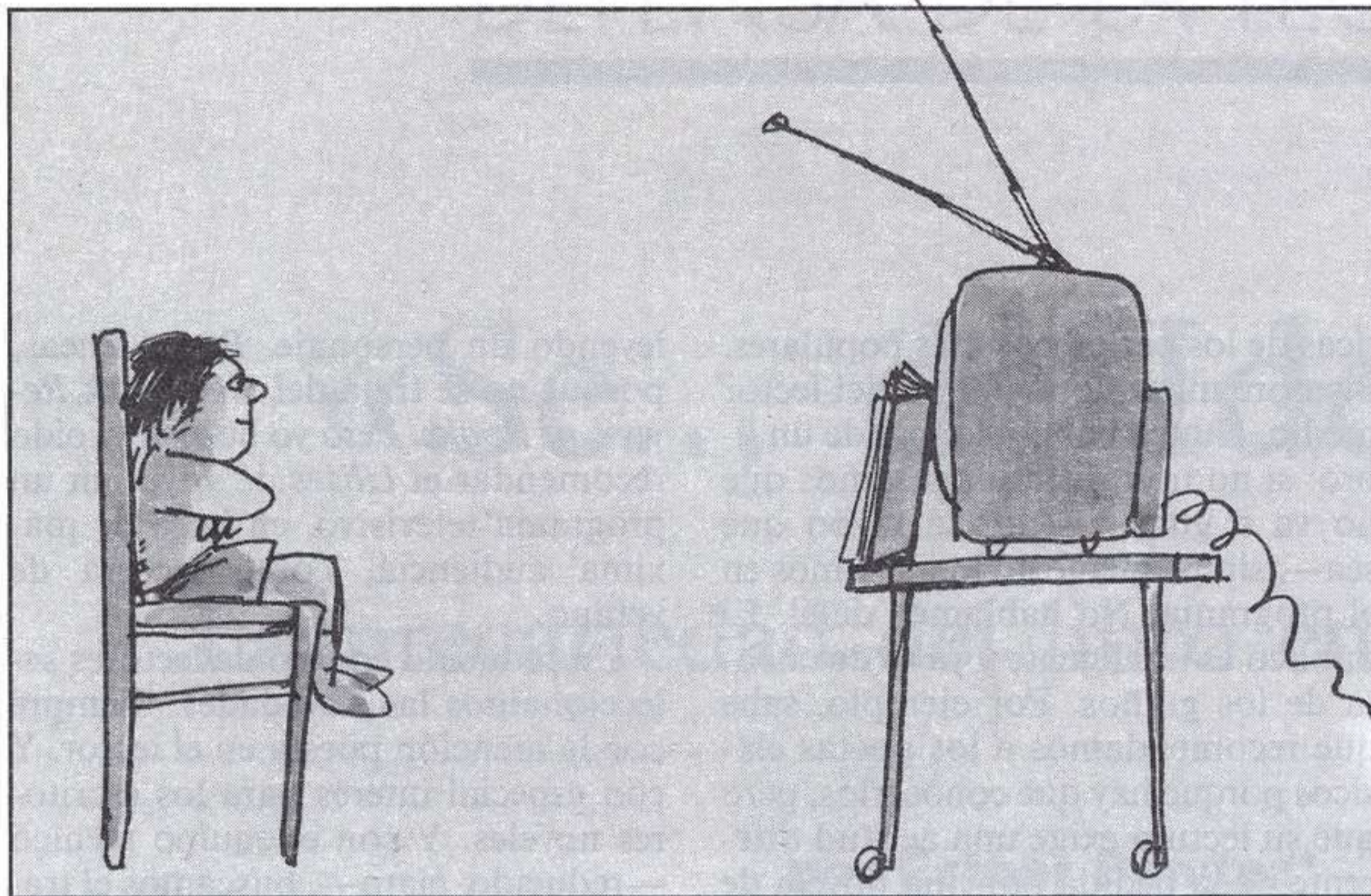
La televisión, es cierto, se ocupa poco de la cultura y, menos aún, de la literatura. Según el autor del artículo, el problema radica en que los programadores no creen que la cultura pueda ser divertida y, por lo tanto, los medios materiales y económicos que se destinan a los escasos programas culturales que existen en las televisiones públicas y privadas de nuestro país son insuficientes para hacerlos atractivos. Sin embargo, se dan algunas tentativas válidas, como el programa Mil paraules (Mil palabras) de TV3, dirigido y presentado por Emili Teixidor.

La historia interminable entre la televisión y la cultura en general, y la literatura en particular, se ha saldado hasta el momento a favor de la televisión. Y es natural que así sea. Lo mismo sucedió en los enfren-



5a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1981.

tamientos entre radio y cultura, cine y literatura o divulgación científica y grandes medios populares. Todos los medios tienen su poética irremplazable y a la larga imponen su carácter a todo lo que se les acerca, sobre todo



CESC, 1985.

si llevan intenciones misioneras.

La polémica sobre si la televisión podría o debería prestar más atención a la literatura tiene varios aspectos. El primero es que la literatura puede y debe defenderse por sí misma, aunque todas las ayudas que reciba en forma de información o de culto son bien recibidas. Si la sociedad demandara a la televisión más información y más formación sobre temas culturales, seguramente que los programadores no tendrían más remedio que intentar complacer a los demandantes. Otra cuestión es la sensación que tenemos todos de que las televisiones públicas olvidan demasiado a menudo su carácter de públicas y el respeto y la exigencia mínimas que el estatuto público comporta, y ofrecen programas de entretenimiento de un nivel de vergüenza, esa vez sí, pública.

Entretenimiento inteligente

El problema es que los programadores no creen que la cultura pueda ser divertida porque confunden diversión con superficialidad y distracción. No han sido capaces de crear un *entretenimiento inteligente*. Los presupuestos de los programas culturales son los más bajos, a nivel de miseria. Los horarios, los más difíciles. La publicidad, la más escasa. Los intentos, las pruebas, mínimos.

A los programas culturales se les pi-

den unos resultados inmediatos que no se exigen a otros programas. Si se hubieran permitido la cantidad de fracasos en programas de gran presupuesto, en *prime time*, con estrellas de todo tipo, nacionales y extranjeras, y no vamos a decir nombres de fracasos espectaculares, si se hubieran permitido la mitad de intentos fallidos con los mismos medios para programas culturales, hoy tendríamos en alguna cadena algún programa cultural, literario en nuestro caso, de gran impacto.

Pero los programas culturales son siempre como las tres *marías* en los currícula académicos: el programa o la clase de religión, el programa o la clase de gimnasia, y el programa o la clase de lectura, de música o de teatro. Somos la coartada cultural de los programas espectaculares, deportivos o recreativos. El paño de lágrimas de las malas conciencias televisivas. Etcétera. Lo digo sin rencor pero creo que se podría, y debería, intentar ir más lejos.

Una distinción. Una cosa son los programas educativos, académicos, tipo BBC, entre los cuales hay algunos de humanidades, literatura y arte, espléndidos. Pero cuando se habla de programas culturales, se olvida esa función educativa importante de la televisión. Se pide un programa espectacular, de éxito, deslumbrante... y, seamos sinceros, que obligue al público a leer. Lo piden sobre todo los edi-

tores, libreros y algunos escritores y críticos.

Pero los editores que hacen bien su trabajo saben cómo acercar el libro al lector sin necesidad de la televisión. Lo cual no significa que, con la ayuda televisiva, se facilitarían más encuentros. Pero no se puede pedir a la televisión el esfuerzo que deben hacer los profesionales del libro en todos los órdenes. La televisión puede ayudar, pero no es el milagro. La televisión no puede convertir un libro malo o mediocre en una obra maestra. La televisión no puede suplir el esfuerzo personal exigente, aunque puede ayudar a los espectadores a tomar conciencia de la necesidad de intentarlo, si la escuela o la Universidad no lo han conseguido. Lo que puede, y debería hacer, es acercar los buenos libros al máximo número de lectores.

Experiencia en Cataluña

Hace cuatro años, iniciamos en TV3 (Televisión autonómica de Cataluña), para el Canal 33, un programa de información sobre libros. De cinco minutos de duración. Diario. En una buena hora. Antes de las noticias. Todo tipo de libros, no sólo literatura: novela, biografía, clásicos, poesía, libros infantiles y juveniles, libros de medicina, de derecho, de arte, de regalo, diccionarios... incluso libros para la tercera edad o para iniciación a la lectura.

No hacemos crítica. Ya hay revistas especializadas para eso. Sólo informamos de la manera más amena y accesible del contenido del libro. Unas palabras sobre el autor, si es importante conocerlo. Advertimos del nivel de dificultad. Y al final, la recomendación de a qué público puede interesar, preferentemente. Con las mejores imágenes que el equipo puede encontrar. Así, cuatro años.

A los dos años variamos ligeramente la fórmula, la despersonalizamos un poco y añadimos al final unas crí-

pre ofrendando su compañía. A lo que Quevedo escribe, en un soneto, de sus horas de lectura:

Vivo en conversación con los
[difuntos,
y escucho con mis ojos a los
[muertos,

hace eco Unamuno, con encendidas palabras en un ensayo. Petrarca, en su *Epistola de Rebus Familiaribus*, registra su trato con ellos, y cómo los siente a él unidos por una viva familiaridad. «Se sientan a desayunar conmigo, y conmigo vienen de paseo antes de cenar», asegura Hazlitt. Cuenta Leight Hunt de haber visto a Charles Lamb dar un beso a la traducción de Homero, de Chapman. Y, por su parte, añade: «Cuando hablo de estar en contacto con mis libros, lo digo literalmente. Me gusta poder apoyar la cabeza en ellos». Lo cual es casi reclinar el rostro sobre el amado.

Porque esa busca de apartamiento, cuando llega el momento de la lectura, en algo se toca con el impulso que lleva a los enamorados hacia las soledades para sus pláticas. El lector se recrea con el libro; pero para eso tiene que recrearlo él. Anatole France decía que en fin de cuentas un libro tiene tantos ejemplares como lectores; aludía a ese acto de mutua posesión y entrega incluso en la lectura profunda. Va el leer mejor más allá del enterarse, del entender, del disfrutar: es recibir y vivirse reviviendo. Y así el creador del libro se siente seguido en los siglos por un largo séquito de recreados y recreadores, participantes todos en la faena de mantener la obra en vida. Es probable que así como el agua del Ganges o del Amazonas no ha parado de correr, desde su origen, haya habido ciertos libros que no dejaron de ser leídos ni un solo día,

de los periódicos más populares. Siempre mirando el interés del lector medio. Nunca hablando mal de un libro: si no nos gusta o pensamos que no va a gustar —por la razón que sea—, simplemente no lo incluimos en el programa. No hablamos de él. El público es inteligente y ya se da cuenta de los guiños. Por ejemplo, sabe que recomendamos a los poetas clásicos porque hay que conocerlos, pero que su lectura exige una actitud diferente de la pedida por una novela de actualidad. Hemos recibido multitud de felicitaciones: de Martí de Riquer a Miguel Delibes, de Isabel-Clara Simó a Juan Marsé, de Miguel Ángel Riera a Miquel Martí i Pol. Y colaboraciones como las de Jesús Moncada, Quim Monzó, Álex Susanna, Josep Piera, Sergi Pàmies, Jordi Sarsanedas, Maria Antònia Oliver o Maria Barbal.

La fórmula de pocos minutos no debe ser mala, ya que nos han copiado por todas partes. Incluso el *Herald Tribune* publica unas pocas líneas cada día comentando el libro que está

leyendo un personaje. Pocas líneas, porque no se trata del *New York Review of Books*. Pero yo he visto y oído recomendar el *Ulises* de Joyce en un programa televisivo, en hora de máxima audiencia, como lectura de verano.

Un reducido equipo de lectores seleccionamos las novedades. Siempre con la atención puesta en el lector. Y con especial interés para los escritores noveles. Y con el equipo técnico —reducido, claro—, buscamos el tratamiento en imágenes.

Pasada la novedad, cambió el horario y la incidencia es menor. Sorprendentemente, el programa de mayor influencia —según los libreros— fue el dedicado a los libros de matemáticas. Seguido por los libros infantiles. La experiencia nos ha enseñado que el público pide más información. Seguro que si supiera lo bien que puede pasárselo con muchos libros, se precipitaría a las bibliotecas públicas —¿dónde están?, ¿por qué no las exigen con la misma insistencia que programas de libros en televisión?—, pero eso quizá sería perjudicial para los intereses de los programadores televisivos.

Pero no he hablado de *Apostrophes*, ni de Bernard Pivot, que es lo único que parecen saber algunos periodistas sobre programas literarios. Sería interesante hacerlo en otra ocasión, sobre todo para borrar la fijación que tienen con él. ¿Por qué no hablamos un día de las páginas literarias de los periódicos y revistas?

¿El futuro? Que alguna cadena se atreviera a dejarme hacer el programa que quiero hacer después de *Mil palabras* (Mil palabras). Para demostrar que una palabra vale más y es más divertida que mil imágenes. Veremos. Mientras tanto, cabe agradecer a la dirección de TV3, al equipo y a los espectadores, la confianza y el esfuerzo. ■

* Emili Teixidor es escritor.



UNA HISTORIA D'UN PAÍS, BARCELONA: CAIXA DE BARCELONA, 1986.